

Cartografías y Arte: pensar las corporalidades desde el encuentro entre Braidotti y Butler para un arte LOCALizado

Adriana Rodríguez Ruiz

adi.rdzr@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-8991-0590>

Raquel Mercado Salas

raquel.mercado@edu.uaa.mx

<https://orcid.org/0000-0003-2037-2613>

Introducción

Tenéis la individuación de un día, de una estación, de un año, de una vida (independientemente de la duración) –de un clima, de un viento, de una niebla, de un enjambre, de una manada (independientemente de la regularidad) – [...]. Una nube de langostas traída por el viento a las cinco de la tarde, un vampiro que sale de noche, un hombre lobo que sale con la luna llena [...]. Todo el agenciamiento en su conjunto individuado resulta ser una haecceidad.

Deleuze y Guattari, *Mil mesetas*

Las herramientas conceptuales, y aplicadas al arte, que se han derivado de la segunda mitad del siglo xx hasta nuestros días, han andado un camino complejo, en sus encuentros y

desencuentros, en sus vericuetos y orientaciones: desde el viejo continente, con el calado de una larga tradición pegada a la espina dorsal del pensamiento, a las capacidades analíticas, eficientes y puntuales del mundo anglosajón, hasta los desplazamientos impulsados a través de preguntas situadas en contextos y características fuera de esos dos territorios nucleares de la historia oficial; en ese camino, en esas derivas, vemos aparecer en nuestro horizonte una diversidad que habla de otras experiencias, las que se pronuncian desde Medio Oriente, África o América Latina, del Oriente diverso a los pueblos de Oceanía. Una discusión actual de las cartografías implica, efectivamente, una geofilosofía, como lo plantean Deleuze y Guattari, esto quiere decir que la base material, la lengua que hablamos, la comida de la cual nos alimentamos, las formas singulares que atravesamos en nuestra cotidianidad y las violencias que tenemos que sortear, cada día, son parte de nuestra capacidad de pensar y producir arte. El arte como pensamiento se encuentra encarnado, incorporado necesariamente como experiencia del mundo.

En el contexto anteriormente introducido, es en donde se enclava la propuesta de cartografías que vinculen, por un lado, la discusión entre Rosi Braidotti y Judith Butler a propósito de las corporalidades, relacionadas en un eje de comprensión problemático: el uso de la categoría analítica de *diferencia sexual* en relación con *el género*, entre una y otra autora. En segundo lugar, no solamente desde dónde se enuncian cada una de ellas, con las implicaciones teórico-metodológicas que conllevan sus posturas críticas, sino también enunciar el aspecto de la recepción a través de una interconexión de cartografías, en donde las experiencias de quienes escriben este documento importan. Por ello, nuestra metodología, es literal, andar un camino y una ruta, la más cercana por cotidiana: la ruta ciclista y la andanza con la manada, como anclajes parciales desde donde pensamos y desde donde podemos hablar con y para nuestros coterráneos.

Rutas, veredas y desplazamientos del pensamiento cartográfico

Desplazamiento sobre dos ruedas

Desertar significa irse al desierto, arrojarse, dejarse caer, precipitarse a los devenires alegres, decir “no”, preferir no hacerlo. Devenir lobas y órdenes menores. Desertar equivale a la ausencia de jefes, la línea de fuga de la línea de fuga, la anormalidad.

Manada de lobas, *Foucault para encapuchadas*

La ciudad ha sido un tópico constantemente citado para exponer la experiencia moderna y, por supuesto, el arte ha sido uno de los mayores constructores en su ámbito simbólico. La ciudad del paseante baudeleriano que clama: “Pues no sé a dónde huyes, ni sabes dónde voy, ¡Tú a quien yo hubiese amado! ¡Sí, tú, que lo supiste!” (Baudelaire, 2008: 167); la ciudad en la que se construye todo un proyecto de nación, como lo menciona Marshall Bergman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, al referirse precisamente cómo es que ese fenómeno urbano se establece y se concreta como la “jungla de los símbolos”, en donde un ejército de trabajadores sin descanso, noche y día, establecerán el dominio del asfalto y el hierro. Así, la ciudad, las ciudades, se ha vuelto un personaje: Nueva York, París, Buenos Aires, Madrid, Ciudad de México y, en mi caso, el territorio de frontera de Jesús María con Aguascalientes. Imposible dejar de pensar en ella, imposible dejar de escribir de ella, insistía Monsiváis como un gran intérprete de lo popular y cotidiano, con todos sus fantasmas, con todas sus luces y oscuridad, de neón y de callejón sin salida. Parecería imposible no pensar en ella.

Y, sin embargo, se mueve. Contra todo el ejército que trabajó día y noche por establecer las principales rutas a través de grandes avenidas, contra la historia que se encuentra calcada en las nomenclaturas de los centros históricos, contra la imposición de movimiento y temporalidades implícitas en el imperativo de montar una máquina voraz de recursos no renovables, se encuentra, ahí, en su casi inocencia y casi muda existencia, la bicicleta como la posibilidad de otras cartografías de lo urbano, de lo rural. Un artefacto que solamente puede ser activado por el cuerpo, que se alimenta de la fuerza de los músculos, con una gracia de equilibrista a la mano, recurso anarco sin horarios de transporte público o de obsolescencia programada, tan propia de nuestro tiempo. La cartografía

que hace la ciclista –aquí se enuncia en femenino porque desde este cuerpo se escribe– de la ciudad, es la de alterar las rutas de un paisaje predeterminado y en estrecha vinculación con las máquinas automovilistas, para hacer de la ciudad una posibilidad de reconocimiento en otro sentido: la de las rutas alternativas, las de acumular el kilometraje en la fuerza de las piernas y, por lo tanto, en la potencia del cuerpo, para reconocerse a través de él, en los saltos y en los atajos, en el flujo que es difícil que se detenga una vez puesto en marcha. Por supuesto, esto no sucede sin un aprendizaje de la vida, de lo que implica estar afuera con el cuerpo expuesto, con la atención presente de lo que se está realizando.

De manera análoga, cartografiar una ciudad, que siempre tiene lecturas y rutas impuestas, lo hacemos nosotras, tejiendo este texto juntas, al identificar nuestro sitio cuando esa ciudad es el pensamiento del que tomamos herramientas para desplazarnos y construir otras rutas de acceso y aprendizaje. ¿Cómo creamos otros devenires de acceso?, ¿cómo llegamos a los sitios a los que las grandes avenidas del pensamiento desembocan, haciendo valer la singularidad de nuestra existencia?, ¿cómo es que aprendemos de estos saberes, parafraseando a Braidotti, bajo la premisa de la parcialidad que nos implica?

Cuerpos del campo: andar con la manada

Mi perra no es abstracta.
Su cuerpo fluye y se revuelve.

Por dentro mi perra es un planeta tibio.

Por fuera es toda pelo negro.
Canis lupus familiaris nigrum:
pura materia oscura.

Busco el ángulo. la luz, el enfoque
pero siempre hay una mancha oscura
en donde debería estar ella.

Isabel Zapata, *Una ballena es un país*

Lo dice Paul B. Preciado en su declaración de amor por la perra Philomène: “fui un cuerpo del campo, hermano de los animales, su igual. En cambio [...], donde los animales no entran, me siento solo” (Preciado, 2019: 110). ¿Qué significa ser un cuerpo del campo?, ¿qué es si lo confrontamos a la velocidad, a la libertad, a la sujeción, a la vitalidad, a la maquinaria, a la rigidez, a la voracidad de la ciudad? No es mejor, ni es peor. Es diferente. Paul B. Preciado se proclama terrafilico y refiere a la deconstrucción que Donna Haraway hace de la dicotomía naturaleza/cultura y que permea, quizá es aventurado decir de forma generalizada, en nuestra especie. En un presente determinado por el sistema capitalista, el amor a la tierra supone rupturas y paradojas. ¿Qué significa ser un cuerpo del campo cuando nuestros cuerpos, todos, están condicionados a las estrategias y mecanismos del mercado?, ¿cuándo el Estado forja vínculos estrechos con las macroindustrias? Ante estas preguntas, yo también me proclamo terrafilica.

Una hora al día, cada día, mis ocho perros y yo nos desplazamos a los márgenes de la ciudad para, me gusta pensarlo así, ser cuerpos del campo. Yo camino erguida en mis dos patas de humana, mientras ellos corren cuadrúpedos potentes con sus mandíbulas abiertas en una sonrisa que suelo humanizar, pero que casi estoy segura es una sonrisa. Andamos en un espacio delimitado

por el crecimiento de la urbe, pero amplio en sus extensiones de plantas, tierra y aire. Quiero decir fotosíntesis, polen, sol, charco, mosquito, barro, quiero decir dermis. No quiero decir bucólico. No quiero decir paisaje rural. Porque no se trata de recuperar la forma en que hemos visto a la tierra y sus recursos, más como una impresión pintoresca y grácil, anacrónica, de lo que actualmente está siendo amenazado por el extractivismo voraz. Para este mapa en particular, me gustaría deshacer los pasos que nos han llevado a construir la noción antropocéntrica que tenemos de *naturaleza*.

Actualmente se han reunido diversas aproximaciones teóricas a las relaciones entre los animales humanos y no humanos. Constituidos y agrupados en el espacio conceptual de lo *Otro*, frente al Hombre, pensar a los animales se ha hecho casi siempre desde la diferencia, desde la asimilación de lo humano como agente de razón y contenedor del espíritu, virtudes propias y exclusivas de nuestra especie. En su libro *Metamorfosis: Hacia una teoría materialista del devenir*, Rosi Braidotti hace referencia al planteamiento deleuziano del *devenir animal* y el *cuerpo sin órganos*, para conducirnos a una reelaboración de la figura animal por el nomadismo filosófico. Un llamado a los sujetos libres de sus funciones falogocéntricas de identidad, por todas sus funciones corporales.

Vuelvo al recuerdo del camino con la manada. A lo lejos se oyen las múltiples onomatopeyas que dejan escapar las granjas no industrializadas. Gruñidos, berridos, mugidos, chillidos, bufidos, relinchos, balidos, bramidos, cacareos, intermitentes, rompen el silbido de la hierba anunciando la presencia de sus cuerpos en el barro, entre muros de ladrillo y corrales desgastados. Entonces me parece más evidente la ambigua libertad de los ocho perros que me guían a través del prado. Se me dibuja el camino a través de sus trufas húmedas. No es la superficie de tierra el mapa que ando, son sus gestos los que leo, traduzco, interpreto. Es el espacio entre sus ojos que se frunce y el ángulo de sus orejas que apunta hacia el cielo, lo que me anuncia de una liebre a punto de levitar en un salto gimnástico y que llevará a mi manada a romper en patadas la carrera predatoria. Nunca la alcanzan. Pero hasta ahora, nunca han dejado de intentarlo.

Ellos son mi mapa. Este es mi sitio. Leo ocho mapas al mismo tiempo, en simultaneidad y sincronía. Mapas relacionales, corpóreos, físicos en su carne, abstractos en –mi propio entendimiento de– su emocionalidad. Mi cuerpo en el campo depende de sus cuerpos, aun cuando me atribuyo la responsabilidad de su cuidado. En ese sentido, el dispositivo del mapa-ellos, está vivo y

materialmente siempre es el mismo, salvo por los cambios del tiempo y la carne. Pero las direcciones no siempre lo son, son, por decirlo de alguna manera, resultado de una alquimia arbitraria, natural, que llamaré recolección de datos cartográficos. El clima, la estación, la humedad, la hora, la luz natural, los terceros, entre otros elementos juegan en una danza combinatoria que deriva en el comportamiento de mis ocho mapas peludos. Supongo que leer mapas, asumir mapas, a veces implica confiar en maneras de entendimiento que no son las nuestras. Y así, les voy aprendiendo. Son mi cartografía más amable.

En *Las promesas de los monstruos*, Donna Haraway (2019: 297) dice: “Me siento más cercana a maneras de estar en el mundo como un verbo”. Probablemente la producción de pensamiento también esté sujeta a las condiciones del mercado, y cuando creemos que nos posicionamos desde un lugar teórico de resistencia, en realidad estamos interactuando con los recursos que el sistema capitalista nos pone al alcance. Por ello, y sin restar valor al ejercicio de la reflexión, es urgente tejer conexiones hacia el cuerpo y la praxis. ¿Cómo pensamos y vivimos nosotras las cartografías?, ¿cómo las encarnamos en verbo? En este sentido, en este gerundio, en este devenir, resuenan las palabras de Deleuze y Guattari en torno a las cartografías:

El mapa es abierto, conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones. Puede ser roto, alterado, adaptarse a distintos montajes, iniciado por un individuo, un grupo, una formación social. Puede dibujarse en una pared, concebirse como una obra de arte, construirse como una acción política o como una meditación (Deleuze y Guattari, 2015: 18).

Es decir, desplazarse en una ruta ciclista, andarse en manada o escribirse a cuatro manos.

Recuperando las diversas líneas de pensamiento, ya mencionadas y por enunciar, encontramos necesario romper con las nociones que establecen las fronteras entre lo natural y lo cultural, con los dualismos y una dialéctica negativa para introducir las corporalidades, las múltiples identidades, nuestras relaciones con aquellos que se constituyen (o constituímos) como los *Otros*, y el inevitable impacto que estas ideas provocan en cómo se piensa, produce y consume el arte actualmente.

Juego cartográfico entre el pensamiento continental y el pensamiento peninsular: una aproximación al intercambio teórico y político entre Rosi Braidotti y Judith Butler

La subjetividad nómada significa cruzar el desierto con un mapa que no está impreso sino salmodiado, como en la tradición oral; significa olvidar el olvido y emprender el viaje independientemente del punto del destino; y lo que es aún más importante, la subjetividad nómada se refiere al devenir.

Rosi Braidotti, *Sujet Nómada*

Quizá, para empezar a vislumbrar este juego cartográfico entre Judith Butler y Rosi Braidotti, además de este que tejen las cuatro manos que aquí escriben, lo necesario es, para activar el mapa, situarnos. El encuentro entre Judith Butler y Rosi Braidotti en julio de 1994, es la construcción de un mapa por sí mismo. En la dimensión abstracta de lo virtual, es decir, en las condiciones que les permitió la comunicación por fax, se tendieron caminos, puentes, veredas y, cabe decirlo, esfuerzos, para la discusión y entrecruce de los mapas teóricos que las autoras han venido construyendo para entonces en el marco del pensamiento feminista contemporáneo. Si conjugamos brújula y puntos cardinales para la orientación sobre un mapa, podríamos nombrar estos elementos como: la diferencia sexual para Rosi Braidotti, y la performatividad del género para Judith Butler.

Cartografiar los procesos histórico-políticos que viven ambas es fundamental para posicionar sus corrientes de pensamiento. Probablemente la primera diferencia que encontramos entre las teóricas se encuentra en este plano: histórico y geopolítico. Braidotti lo señala de manera breve y clara al inicio de la entrevista en cuestión. Casi como suceso inaugural de la que será su explicación de la subjetividad –nómada, ante todo–, alejándose del concepto de identidad y de esencia, nacida en un municipio italiano varias veces colonizado y en cuya familia marcó la migración hacia Australia. El problema de la identidad –nacional, filosófica, política– en Braidotti, estuvo en crisis desde el principio, es decir, en constante replanteamiento y construcción, precisamente por la vena deleuziana que atraviesa su pensamiento. No se nombra italiana, se pronuncia desde la estrategia territorial de la unión

europea, que no es unívoca ni definitiva. Y que, en la propia historia del Viejo Continente, para ella, el vocablo *europeo* representa la resistencia a un proceso colonial más complejo que “ *continental* en oposición a *británico* ” y de afirmarse en una existencia que era negada o menospreciada, contenida de la diversidad excluida.

Por otro lado, Judith Butler, proviene de Estados Unidos, con una organización política más reciente, y con una formación filosófica que abreva de las herramientas de la biopolítica contemporánea; incluso, podríamos decir que una parte de las diferencias entre ambas, son, también, las decisiones que toman a partir de las líneas que desarrollan desde el pensamiento postestructuralista francés, aunque no define, por supuesto, su pensamiento. El territorio de Butler implica también una distancia con la teoría feminista de los años setenta, estadounidense y la influencia del movimiento *queer* que se desarrolla en gran parte en este territorio. Todo ello implica que las subjetividades a las que apunta el pensamiento, la práctica y la agenda de ambas van a encontrarse en una discusión necesaria y no por ello menos llena de tensiones y rutas que a veces tangencialmente se tocarán en sus puntos más álgidos.

En el reconocimiento de la posición teórica que cada una de ellas toma, es en el que también podemos comprender qué se pone en juego para poder hablar de las corporalidades, los problemas y las potencialidades que implican para nuestro presente. No menos interesante, por ello, resulta el hecho que ante la pregunta de apertura de Butler “¿Cómo describiría la diferencia, tanto institucional cuanto teórica, entre estudios de género y los estudios de las mujeres en la Europa de hoy?” (Braidotti, 2015: 69) se coloca, desde el inicio, el piso desde donde habla cada una de ellas: género y diferencia sexual. Braidotti hace un señalamiento directo “el término ‘estudios de mujeres’ destaca un vínculo con los movimientos sociales y políticos de las mujeres” (Braidotti, 2015: 71), movimientos minoritarios, en el sentido más deleuziano posible, que existen en las venas de Europa e implican las vindicaciones, a lo largo y ancho de los territorios, y a los sujetos que los llevan a cabo: las mujeres de redes intraeuropeas. Una de las cuestiones, de fondo, que implica nombrarse desde los estudios de las mujeres, reflejados en programas de estas redes como el *European Journal of Women ’s Studies* , es que precisamente este sujeto femenino se opone y resiste al marcado resurgimiento de los fascismos y la xenofobia en el territorio europeo, al peligro de la política de ultraderecha que ha tomado posición en todos los países sin excepción. Una segunda cuestión,

también involucra otro tipo de resistencia, la de la colonización intelectual que Estados Unidos ejerce desde su influencia político-económica, durante el siglo xx y la cual se extiende hasta la actualidad. En este análisis de ambas circunstancias y el acompañamiento de la industria editorial como funcionamiento de propaganda, a través de corporativos como Routledge, es por lo que Braidotti sitúa la innegociable circunstancia de la mujer para que una agenda feminista funcione sin desvíos. Es en esta deriva de la cartografía, del pensamiento, en que la alerta de la teórica italiana es cercana al pensamiento feminista latinoamericano pues, definitivamente, detrás de la expansión del discurso feminista norteamericano hay una incidencia en las agendas públicas de los distintos países. Bastaría hacer la enunciación de quiénes han sido las invitadas, sin menospreciar sus aportaciones, en los últimos tres años, a los escenarios más hegemónicos de las instituciones culturales en los circuitos de arte en México: Butler, Preciado, Haraway.

Por otro lado, y atendiendo a la alerta de revisar los microfascismos que la categoría mujer implica para los procesos de subjetivación contemporáneos, como bien lo apuntan voces desde los lesbofeminismos, la crítica que Braidotti realiza a la categoría género se plantea principalmente en que esta se encuentra en una crisis dentro de la teoría feminista actual. Es particularmente interesante que se resalte esta oposición en la entrevista, pues nos detiene a escuchar con atención un debate interno al feminismo de los años ochenta, ya que la discusión se da principalmente entre “las teóricas del género” y “las teóricas de la diferencia sexual”. Uno de los peligros fácticos que encuentra la pensadora nómada es que, aunque teóricamente el debate aparenta ser una falsa disyunción excluyente, al materializarse en los programas de educación superior, o bien en las agendas institucionales o en políticas públicas, estas canalizan los recursos a líneas masculinizadas, como en el estudio realizado por Diane Richardson y Victoria Robinson del primer número del *Journal*:

Reseñan la controversia actual sobre la denominación de los programas feministas en las instituciones. Señalan especialmente la apropiación de la agenda feminista por parte de los estudios sobre la masculinidad, cuyo resultado es la transferencia de fondos desde las posiciones ocupadas por el cuerpo docente a otras posiciones. [...] Parte de esta apropiación competitiva se relaciona con los estudios gays. Asimismo, el papel desempeñado en este debate por la hegemónica editorial Routledge es muy significativo. En nuestra opinión, dicha

editorial es la responsable de promover el género como una manera de desradicalizar la agenda feminista y recomercializar en cambio la masculinidad y la identidad del varón gay (Braidotti, 2015: 87).

Por supuesto que esta apropiación, apunta Butler, no se da solamente en los estudios de género, sino también en el término “feminista” que algunas iniciativas de Estado han realizado, específicamente en Praga. Estas implicaciones entre el género y la diferencia sexual involucran, también, un análisis lingüístico, un marco epistemológico y de interpretación entre las distintas corrientes. Diferencia sexual, para Braidotti, no debe entenderse en un campo biologicista ni sociológico, sino en un ámbito de la “postfenomenología de la sexualidad”, esto es, una ontología de los cuerpos en la que se parte de la materialidad del acontecimiento y no del modelo esencialista. Por otro lado, el debate implica, además, que la traducción angloparlante de la diferencia sexual tiende a traducirse como destino biológico. Por esta cuestión de traducción y lingüística, ambas pensadoras se posicionan con críticas que corresponden precisamente al problema de la recepción, el cual no es menos político. Por ello, no basta que definan las categorías analíticas que están en juego, pues no se trata de un problema conceptual sino de sentido y territorio, de estrategia política, de decisión materializada en las corporalidades a las que observan en su ámbito más inmediato, pero también a las relaciones patriarcales que quieren enfatizar.

Es comprensible la tensión que se percibe en el diálogo entre ambas autoras, dado que desde el proyecto de la diferencia sexual que sostiene Braidotti, no sólo se pone en crisis la construcción dual, y moderna, sexo/género, sino que el cuestionamiento se extiende a otras configuraciones binarias divisorias que se han consolidado hasta nuestro tiempo y cuya vigencia se vuelve cada vez más problemática, si consideramos su efecto en nuestra forma de concebirnos y relacionarnos. Seguir la línea de la diferencia sexual supone replantearnos las divisiones conceptuales como la ya mencionada naturaleza/cultura, la de mente/cuerpo y sus consecuencias en los procesos de subjetivación. Se trata de partir del reconocimiento de la diferencia para atravesar y superar la noción de género, sobre la que se basa casi todo el trabajo de Butler, hacia una subjetividad nómada, sexualmente indiferenciada, a lo denominado “posgénero”.

En esta discusión, se vuelve importante el desarrollo teórico acerca de la construcción de subjetividades y la importancia de la corporalidad en estos

procesos. Por un lado, Butler atiende a la necesidad de definir el término *construcción* al tiempo en que se pregunta cómo se construyen “los cuerpos”. Para Braidotti existe una confusión entre los niveles que refieren a la identidad y la subjetividad política. Argumenta que esta última consiste en un posicionamiento deliberado y consciente del individuo, mientras que la identidad se constituye de procesos inconscientes asentados en el plano corporal. Apegada a su trabajo, Butler determina que es esencial pensar que los cuerpos vienen a presentarse en géneros, pero sin quitar de la vista la interrogante sobre la materialidad, puesto que existe una vida corporal que no puede ignorarse al momento de teorizar acerca de los mismos. En cierta consonancia, Braidotti señala que la diferencia sexual se basa justo “en la voluntad política de afirmar la experiencia corporal, vivida, de la mujer” (Braidotti, 2015: 83). No obstante, para este hilo de pensamiento, quizá es necesaria la acotación de la pensadora acerca de lo corpóreo, de la subjetividad femenina y de la posición del sujeto feminista.

El desafío consiste ahora en conjugar la visión de la subjetividad con una firme adhesión a la creencia en la diferencia sexual y al compromiso con una praxis crítica y política en términos de contramemoria, de resistencia, de responsabilidad, de saberes situados y de una política de localización. En suma, lo que yo llamo la política de la subjetividad femenina. Necesitamos elaborar colectiva y socialmente una nueva política del lenguaje: mitos y figuraciones políticas para representar este tipo de subjetividad que denominaré nómade (Braidotti, 2015: 66).

¿Qué otros procesos de lo corporal nos guían si apelamos a la política de localización planteada por la diferencia sexual en el nomadismo filosófico de Braidotti? La pensadora reconoce que, aun cuando la subjetividad puede situarse desde diversas variables como “la raza, la cultura, la nacionalidad, los estilos de vida y la orientación sexual”, todos ámbitos dignos para abrazar una lucha en la que la categoría mujer no es unívoca, el conflicto viene al momento de colocar la variable de la “sexualidad” como punto de partida sin asumir que en la posición simbólica somos todas iguales. Cómo conjugar esta red de incidencias en las subjetividades para un saber situado es el reto. En un acercamiento más con otras corrientes de pensamiento feministas no occidentales, por ejemplo, podríamos revisar el concepto de interseccionalidad trabajado por los feminismos negros.

Por otro lado, y en continuidad con el ejercicio de pensar las subjetividades, Braidotti señala la necesidad de nuevas teorías que disuelvan las líneas separatorias entre lo simbólico y lo social. A este punto Butler cuestiona la definición y relaciones que guardan conceptos como lo simbólico y lo social, y dentro de estos mismos lo semiótico y lo material, respectivamente; apelando que desde su distinción está implícita la separabilidad. Para la perspectiva de la diferencia sexual la separación se asume como una consecuencia del sistema patriarcal de dominación, cuando debe admitirse que las condiciones tanto simbólicas como materiales de los sujetos se presentan entretejidas. Por ello, Braidotti urge a repensar desde la simultaneidad y la reorganización de dichas condiciones para la producción de nuevos sujetos deseantes. Es decir, nuevas subjetividades. Aquí es interesante preguntarse de qué manera pueden incidir dichas teorías aún no formuladas, en los procesos artísticos de las subjetividades actuales y las identidades múltiples y colectivas, considerando las discusiones en torno a las funciones del arte en las transformaciones sociales.

La entrevista plantea cartografías de múltiples dimensiones y sustancias. Cartografías conceptuales, lingüísticas, espaciales, temporales, históricas, políticas, culturales y de pensamiento. Finalmente, tras el intercambio de posicionamientos y teorías, es en esas puntas rizomáticas que se tocan y trazan el mapa entre dos formas de pensamiento, que nosotras lectoras podemos enunciar un pensamiento propio interconectado en sus mezclas, más cercano al rizoma, sucio, como lo llama Braidotti. Un pensamiento que acecha desde nuestra propia madriguera, desde nuestras rutas y nuestras propias necesidades vitales más urgentes.

Mapas inéditos, mapas en construcción

Antes ser barrendero que juez.
Cuanto más se ha confundido uno en la vida, más lecciones da.
Deleuze, *Diálogos con Claire Parnet*

Si seguimos la idea que Deleuze y Guattari exponen en *Mil Mesetas*, podemos afirmar que los mapas no terminan de dibujarse nunca. No son definitivos, ni estables. Quizá tampoco es que necesariamente den respuestas, sino que puedan componerse de preguntas, ya que de la misma manera en que Judith Butler

usa la interrogante en el diálogo para posicionarse, son nuestras dudas, las cosas de las que queremos respuestas, las que nos abren ciertos caminos y nos proveen de las herramientas para nombrarnos. Apelando a los mapas en verbo, a los que no han sido trazados, a los que están por ebullición, a los que mutan, a los que se recuperan, a los que se rescatan, es imperativo hacerse preguntas.

¿Cómo traemos a nuestra conciencia y desde dónde elaboramos nuestra noción de lo corporal para situarnos políticamente en agenciamientos?, ¿qué implica en términos prácticos repensarnos desde estas cartografías?, ¿cómo atendemos, desde las corrientes de pensamiento, a las necesidades de agenda y estrategias políticas propias de nuestro territorio?

Esta cartografía que hemos dibujado, a manera de ruta ciclista, o de camino en flujo de manada, es la que nos posibilita advertir que, en las derivas que esta discusión entre las posiciones políticas y ontológicas de las pensadoras se encuentra la multiplicidad de sujetos y líneas de fuga, recordándonos que “lo que está en juego en el rizoma es una relación con la sexualidad, pero también con el animal, con el vegetal, con el mundo, con la política, con el libro, con todo lo natural y lo artificial, muy distinta de la relación arborescente: todo tipo de ‘devenires’” (Deleuze y Guattari, 2015: 27); para que los devenires sean múltiples y nuestros procesos de subjetivación nómadas, significa alejarse de las estrategias fijas del Estado, del inconsciente, de los psiquismos. Por ello repetimos: nuestra animalidad, nuestro paisaje, nuestro mundo, nuestra política y, por lo tanto, nuestra escritura, y con ello el arte que producimos, hecho con el cuerpo, tiene rostro parcial: en este territorio se muere por nacer con un “tipo” de cuerpo, una “clase” de color, por habitar una frontera. Si decidimos unirnos a una impostura universalizante ponemos en riesgo, a través del discurso, los cuerpos que se localizan en movimiento en la cartografía que compartimos. Sin embargo, es necesario colocar ciertos puntos de anclaje, parciales, que permitan el movimiento y el agenciamiento de nuestras subjetividades. Aprender a ver las huellas de las cartografías existentes, además de las rutas ciclistas y los pasos ágiles de la manada. Oler los rastros de los mapas gráficos, de las intervenciones visuales en lo público por parte de las mujeres organizadas, por la diversidad de sujetxs; explorar el calado de un mapa que emerge fuera de los discursos institucionales: ¿cuáles son los ejemplos que desde los márgenes, en los pliegues, crean resistencias y políticas de LOCALIZACIÓN en nuestro cuerpo-territorio más inmediato? Ahí comienza cualquier cartografía posible.

Bibliografía

- Baudelaire, C. (2006). *Las flores del mal*. Madrid: Cátedra.
- Braidotti, R. (2015). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.
- Braidotti, R. (2005), *Metamorfosis, Hacia una teoría materialista del devenir*. España: Akal.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F (2015). *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Haraway, D. (2019). *Las promesas de los monstruos*. España: Holobionte.
- Preciado, P. B. (2019). Amor en el Antropoceno. En *Un apartamento en Urano*. México: Anagrama.

